
SECCION DOCTRINAL

FRAGMENTOS DE UNA OBRA INÉDITA (1)

LA REVOLUCION MANSA Y LA REVOLUCION FIERA

(CONTINUACION)

I

Habreis oido decir algo de la revolucion francesa; más aún, habreis leido alabanzas de esa revolucion; pues bien, os hablaremos breves momentos de ella, y acabareis de creer como nosotros que fué verdaderamente una invasion del infierno en el mundo.

Vecina á España, separada de nuestra tierra por una cordillera de montañas, existe la nacion francesa. Un grande hombre la llamaba el reino más bello despues del reino del cielo, y en verdad que ha sido una gran nacion. No más grande que la nuestra, eso nó; porque debajo del cielo no ha habido pueblo que dando una batalla de siete siglos, y saliendo de ella dominando un mundo, descubriese y conquistase otro nuevo. Tan altas hazañas estaban reservadas al pueblo español. Pero el francés era indudablemente un nòble y floreciente imperio.

A principios del siglo pasado moria Luis XIV, el más poderoso de los poderosísimos Monarcas de Europa. Su trono, más que por el brillo de la riqueza y el brillo de las armas, resplandeció por la gloria de Bossuet, de

(1) Estos fragmentos son del opúsculo inédito *Libro del Pueblo*, escrito por los Sres. D. Antonio Aparisi y Gujarro y D. Leon Galindo y de Vera.

Massillon, de Racine, de Corneille, de Pascal y de Molière.

Murió el gran Rey, y á su muerte, ó poco despues de su muerte, comenzaron á extenderse por Francia doctrinas peligrosas. Ya en vida suya se vertieron algunas, pero tenian pocos discípulos. Como acontecia en España en tiempo de Cárlos III, Rey piadoso, que cometió una grande iniquidad.

Pasaron pocos años, y apareció en Francia un hombre de incomparable ingenio: Voltaire. Era al propio tiempo un cínico mofador.

El desdichado creyó que Jesucristo no era Dios, sino un simple mortal, y como si le pesara de su nombre y de su autoridad sobre las gentes, se hizo enemigo suyo, y empleó todas sus fuerzas contra Él y contra la Iglesia católica.

Al propio tiempo que Voltaire, otro llamado filósofo, por nombre Rousseau, principiaba á proclamar la doctrina que hoy en muchos periódicos y libros leeis: la de la igualdad de los hombres en punto á derechos políticos; la de la soberanía del mayor número, origen de todo derecho.

De manera que estos filósofos, de una parte se esforzaban por librar á los hombres del temor de la eternidad, y por otra irritaban su soberbia llamándolos Reyes.

Las doctrinas de estos hombres y otras doctrinas igualmente perniciosas, se extendian en toda Francia por medio de folletos y libros, de dramas y novelas... la impiedad, por fin, levantó su monumento, que se llamó Enciclopedia.

El Gobierno francés toleraba estos desórdenes del talento, porque el Gobierno francés, cuando no era descreído, queria pasar por *ilustrado*. Hacia poco más ó ménos lo que hacen nuestros gobiernos.

Las personas sensatas y religiosas alzaron el grito

contra aquellos escándalos, pero los *filósofos* burlábanse de ellos llamándolos *mogigatos*. Cosa parecida acontece hoy en España, bien que por lo comun no se les llama mogigatos, sino con otros nombres.

Pero en España y en Francia se llamaba y se llama á los que sostienen nuestras doctrinas, enemigos de la luz y de la libertad. Ya veis que, si lo fuéramos, tendríamos muy mal gusto: ¡es tan hermosa la luz! ¡es tan amable la libertad!

Vais á ver qué libertad y qué luz dió la Revolucion á la pobre Francia.

Francia se habia enloquecido; Francia, es decir, los gobernantes, la mayor parte de los ricos, de los cándidos, de los jóvenes, que buscan posicion y renombre por el camino de las ciencias y de las artes; lo que pasa por principal en una nacion, lo que bulle, agita, influye en ella, habíase, como digimos, enloquecido, entregándose á la soberbia del pensamiento y á la concupiscencia de los goces sensuales.

Hablaban mucho en Francia de la filosofia y del reinado de la razon, como se habla ahora entre nosotros.

Ponderábase mucho en Francia la excelencia de las mejoras materiales, como se encarece tambien entre nosotros; y, en fin, se hizo moda en Francia avergonzarse de la religion de sus padres y tener á gloria el mostrarse *despreocupados*, como vamos ya dolorosamente avergonzándonos los Españoles de lo primero y jactándonos de lo segundo.

En fin, os quedareis pasmados estudiando la historia, al observar la maravillosa triste semejanza que se notó entre la nacion francesa en tiempo del Regente Orleans y la nacion española en el tiempo actual.

Verdad es que nosotros no estamos tan corrompidos como estaban en aquel tiempo los Franceses; pero si en poco tiempo hemos andado tanto, ¿no temeis que en otro

tiempo igual andemos mucho más y llegue á parecerse de todo punto el pueblo español al francés, en cuanto á tibieza ó escarnio de la fé católica y de espíritu novador, impaciente en acabar de destruir lo poco que nos resta de los tiempos pasados y á sentar sobre otras bases la humana sociedad?

En Francia, bien puede decirse que sucedió á la Enciclopedia la Revolucion. La Revolucion se encargó de poner en práctica las doctrinas filosóficas. Comenzó pacíficamente: no se trataba más que de dar participacion al pueblo en los negocios del Estado, de corregir abusos, de que reinase la justicia, de que floreciese el imperio de la libertad.

El Rey de Francia, hombre bueno y despues mártir y Santo, era liberal. Gozábase al encontrarse en medio de la Asamblea de los Notables del Reino. Pues los Notables, contra quienes tanto se ha declamado, hicieron alardes gallardos de liberalismo, y ellos espontáneamente renunciaron sus privilegios. El Clero se asoció tambien en buena parte á lo que se llamaba el movimiento regenerador del país: pero, ¿qué importaba ni la buena voluntad del Rey, ni la abnegacion de la Nobleza, ni la condescendencia del Clero? ¿Cómo podria gobernarse á un pueblo que ya no creia en Dios? ¿Cómo era posible imaginar que, librada una inmensa muchedumbre de la esperanza ó del temor de la eternidad, no se lanzase fieramente á destruirlo y á asolarlo todo?

La revolucion estalló: os diremos solo que tanta fué su rabia y tan infernal, que arrojó á Jesucristo de sus altares y puso sobre ellos á una prostituta que llamó la Diosa Razon. Derribáronse los templos: de las grandes obras francesas de su siglo de oro borró hasta la palabra Dios: se echó á Jesucristo de Francia, y Francia quedó hecha un caos, un infierno.

Guillotiné al Rey. ¡espectáculo horrendo! y á la espo-

sa del Rey, á la hija de Austria, y á la hermana del Rey, que era verdaderamente un ángel.

Y á seguida degolló á los Nobles y degolló á los Sacerdotes.

Y á seguida degolló hasta á los hombres oscuros.

Y despues degolló á los que degollaban.

Epoca de terror: así fué llamada; vivian aterrados los hombres.

Una sospecha no era solo motivo para encarcelar: era prueba bastante para matar; se mataba sin defensa.

Se inventaron nuevos crímenes para poder guillotinar á los que no habian cometido ninguno: el crimen de *negociantismo* contra todo comerciante; el crimen de *lesa humanidad* contra todo el que no habia pensado en política, como los *sans culottes*; el crimen de *sospechoso de ser sospechoso*, para que ningun enemigo de un vocal de un comité revolucionario pudiera librarse.

Ni sexo, ni edad eximian del suplicio, y en Nantes se fusilaron de una vez quinientos niños menores de catorce años. Y como por su diminuta estatura se librasen muchos de las balas, rotas sus ligaduras corrian por el campo y se abrazaban á las piernas de sus verdugos y alzaban sus angelicales cabezas llenos de espanto y sus tiernas manecitas en súplica, y los bárbaros ejecutores los degollaban á sus piés.

Hasta en el modo de matar (y no se conocia otra pena que la de muerte) hubo invenciones y caprichos infernales: á hombres y mujeres desnudos se les ataba por la espalda y se les arrojaba al mar: á este suplicio increíble se le daba el nombre de *casamientos republicanos*.

Y cansados de la lentitud de los patíbulos, hacinaban en barcos hombres, mujeres y niños, y en alta mar, y clavadas las escotillas, los agujereaban y se hundian.

La guillotina fué paseada procesionalmente por las ciudades, instituyéndose por los que habian borrado con

sangre el culto cristiano la fiesta de la *Santa Guillotina*.

Después que se cansaron de degollar los verdugos, y después de haber sido ellos degollados, la Francia, desangrada, reposó por breve tiempo; la sangre no la ahogaba ya, pero la corrupción la gangrenaba.

Francia bajo el Directorio fué más corrompida que Roma después de las matanzas de Mario y de Sila.

Al fin se levantó un hombre á quien nuestros padres conocieron: Napoleón. Y este hombre, uno de los seis más grandes guerreros, azotes del mundo, que han existido, se apoderó del Imperio y fué, nó Rey, sino amo y déspota de Francia. Y Francia no respiraba si él no inclinaba la cabeza.

Luis XIV no fué déspota si se le compara con Napoleón: era natural; la anarquía lleva en sus entrañas y pare al despotismo: cuanto más grande es aquella, éste nace más poderoso.

Pocos años después, cumplida por él, sin saberlo, una misión providencial, Napoleón cayó en las llanuras de Waterlúo: pero cayó en Waterlúo porque fué herido en España.

Vuestros padres os lo habrán contado más de una vez en las largas veladas de invierno al amor de la lumbre.

Volvió á sentarse en el trono de San Luis, el Rey legítimo: pasaron pocos años, y la Revolución echó de París á cañonazos á la legitimidad.

La Revolución elevó al trono á Luis Felipe, llamado el Rey ciudadano.

Pasaron pocos años, y la Revolución, si nó os parece muy vulgar la frase, le echó á puntapiés.

Se proclamó la República: salió á la calle el socialismo, ensangrentose París, se espantó Francia, tembló Europa. Pero en medio de aquel caos apareció el sobrino de Napoleón y pidió la herencia imperial, y se la entregaron los soldados.

Como Francia estaba asombrada, se dejó encadenar por

él. No queremos hablaros de Luis Napoleon, no tan grande como su tío, pero no *pequeño* ciertamente. Astuto, doble, tenaz, más que Rey Dictador: en una palabra, *déspota*.

Quieren muchos Franceses arrojarle en otra Santa Elena, y con él su despotismo; pero se estremecen pensando que han de caer en brazos de la anarquía.

Por eso vive Luis Napoleon (1).

Os hemos querido recordar esta historia para que tengais presente lo que ha pasado en el mundo, en Europa, en la vecina Francia há poco tiempo, y en un siglo que se llama de ilustracion, de luz y de cultura; para que mediteis á qué extremos condujeron y han traído al pueblo francés las doctrinas que se dicen *filosóficas*, y que hoy cabalmente se predicán entre nosotros, doctrinas que engendraron la Revolucion, que produjo mil tiranos, á los cuales sucedió un gran tirano, que despues crió mil sofistas, á los cuales ha hecho callar un gran *déspota*.

(*Se concluirá.*)

LEON GALINDO Y DE VERA.

DECLARACION IMPORTANTE DE «LA ESPAÑA CATÓLICA»

En el número 5.^o de esta nueva y ya acreditada publicacion, correspondiente al viernes 10 de Julio, leemos con gusto la franca y resuelta declaracion siguiente:

«LO QUE SOMOS

»Aún hace muy pocos dias que *La España Católica* se publica, y sin embargo, apenas pasa uno en el que alguno de nues-

(1) Volvemos á recordar la época en que se escribieron estos apuntes, anterior á la caída de Napoleon III.

tros colegas, afectando un completo desconocimiento de nuestro programa, ó, lo que seria más censurable, atreviéndose á dudar de nuestra veracidad y buena fé, no venga falseando nuestra significacion en la prensa.

»Un dia es un periódico conservador el que se encarga de señalar, sin más regla que su capricho, la naturaleza de nuestras tendencias; otro dia es un periódico republicano el que nos califica de alfonsinos, pidiendo nuestra opinion sobre asuntos que para nada nos ocupan; y para que todo sea completo, no ha faltado un periódico radical al que se le ha antojado ver en nuestra publicacion la reaparicion de uno de los más ilustrados periódicos carlistas.

»Traidors y llevados de tal manera, por ese inmoderado afan de clasificarnos y definirnos con el criterio más arbitrario, cumplé á nuestra leal franqueza contestar de una sola vez, y para siempre, manifestando lo que realmente somos, siquiera para reducir á silencio á tanto molesto interpelante.

»Buono es que comencemos por consignar que la prueba de la arbitrariedad con que nos califican aparece bien notoria é incontestable desde el momento en que, á pesar de la claridad de nuestro programa, son tan múltiples, diferentes y hasta opuestas las clasificaciones á que nos someten.

»Convencidos de que la Iglesia católica no debe ser coartada en sus naturales y legítimas manifestaciones, somos defensores de la libertad de la Iglesia contra las absurdas trabas que quieren oponérsele.

»Somos partidarios de restauraciones,—aceptamos la frase;—pero de las restauraciones religiosas, sociales y científicas, cuyo espíritu, informado en el espíritu y en la doctrina de la Iglesia, educa á los pueblos, ampara al desvalido, socorre al necesitado y hace de los ciudadanos hombres probos, honrados, trabajadores y virtuosos. Restauradores de esos grandes elementos de vida, sin los cuales toda otra restauracion careceria de base.

»Somos defensores—y á eso hemos venido exclusivamente—de la doctrina y máximas de la Iglesia católica, en toda su integridad y pureza, dispuestos á luchar contra toda descarada negacion, contra las irreverentes mofas y contra las insidiosas y torcidas interpretaciones, con que el juicio privado, animado por el

orgullo, trata de falsificar la verdadera y estricta significacion de la eterna é infalible doctrina.

»Para nosotros las formas de gobierno, en absoluto, son una cosa secundaria, aunque nó indiferente, y en cuanto á los azares y á las intrigas de la política, queremos vivir apartados de ese revuelto torbellino que tantos talentos malgasta y que tantos caracteres rebaja.

»Ni tenemos, ni queremos tener aficion á las banderías políticas, y no pertenecemos por lo tanto á ningun partido.

»La política es para nosotros indiferente, ó cuando más secundaria, mirándola con preferencia solo cuando por sustendencias y significacion la creamos digna de aprobacion ó de censura, segun que favorezca ó se oponga al elevado objeto de nuestros trabajos.

»En una palabra: nos hemos propuesto hacer la causa de la Iglesia católica, defendiendo sus derechos, su accion y su doctrina, solos ó acompañados, con todos ó contra todos los partidos, sin atender á su divisa política, y sin tener para nada en cuenta el nombre que lleven. A lo que no hemos venido es á hacer política de partido, dejando esta ingrata tarea para nuestros colegas políticos.

»Hé aquí lo que somos y á lo que venimos.

»Si los periódicos que han entretenido sus ócios en darnos diferentes calificativos persisten todavía en querer desconocer nuestra verdadera significacion, no será ciertamente porque no hayamos sido bien explícitos al declararla.

»Esta misma franqueza, unida á nuestra lealtad, ha de ser la garantía de nuestra conducta.»


La España Católica habia manifestado ya en el programa inserto en su primer número el noble y elevado intento de sus tareas. De nuevo lo confirma ahora en los términos que acaba de verse. A la polémica del periodismo no es ya dado persistir en recelosas indicaciones, que serian ciertamente voluntarias é infundadas. La nobleza y elevacion de carácter del Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, y de todos los distinguidos consócios, redactores y colaboradores de la nueva publicacion, hacen innecesario que se hable más del asunto.

Plácenos sobremanera que en la prensa diaria, y por encima tambien del interés de partido, milite un adalid esforzado de la causa que sostiene tres años hace nuestra Revista. Nos congratulamos de que, en medio del fragor de ruda é incesante pelea, haya espacio todavía para que el nuevo diario, cuya bandera es tan propia de Españoles amantes de la religion, de la ciencia y de la pátria, ocupe el lugar distinguido que desde un principio le corresponde. Centro de lealtad, de ilustracion y de nobilísimas aspiraciones sabemos que es la direccion, la redaccion, la colaboracion del mismo. Con tales elementos y con la unidad de miras y la firme perseverancia que há menester toda empresa séria, bien venida sea á compartir el honrado esfuerzo en pró de la hoy triste España, que le deben todos sus buenos hijos, esa voz amiga de sus intereses más caros, de aquellos intereses religiosos y morales, que fueron y serán preferidos siempre á todos los demás de la vida por las almas puras y vigorosas.

Al felicitar por su aparicion á nuestro ilustrado colega y á sus sostenedores, nuestros amigos, hacemos votos por que sea larga su vida y copioso el fruto de su recta intencion y generosos esfuerzos. ¡Todavía queda en España núcleo de virilidad, fuerza de razon y sentido de justicia para unir en un espíritu á la mayoría de los antes tan sesudos españoles, víctimas hoy de las desdichas sin cuento de una eterna civil discordia que nos enloquece, nos arruina y nos deshonra.

EL DIRECTOR,

C. M. PERIER.



CARTAS Á UN OBRERO

CARTA VIGÉSIMASESTA.

Apreciable Juan: Nos toca tratar hoy de *la familia*. Si fueras inclusero, no tendria necesidad de realizarla á tus ojos, como no necesita un enfermo que le encarezcan las ventajas de la salud; y esto no te figures que lo digo por induccion, sino por experiencia. He visto á los pobres expósitos, que deben tener idea tan triste, por no decir algo más, de sus padres, buscarlos con una ánsia que recuerda la que tiene el viajero sediento de hallar una fuente pura. La apariencia más engañosa, la suposicion más descabellada, el más errado cálculo, sirven de base para indagaciones perseverantes, y dan motivo á importunidades repetidas. Bien poco dignos de amor parecen los que han dado la vida al expósito; él, con todo, quiere conocerlos, quiere amarlos, y no omite medio de buscar á los que le huyen, y de estrechar contra su corazon á los que le han dado tal prueba de la dureza y frialdad del suyo. Entra en un hospicio; busca á un inclusero de la edad y del carácter que tú quieras, niño, jóven ó adulto, desabrido ó afectuoso, pacífico ó pendenciero; dile:—*Vengo de parte de tu madre y quiero recojerte*,—y le verás transfigurado. Primero se queda como aturdido; luego llora de alegría; despues te abrumba á preguntas; todo lo olvida, todo lo perdona; y sin perder una hora, sin perder un instante, quiere abrazar á aquella mujer que, aunque tarde, consiente en llamarle *hijo*. Él solo sabe lo que es no haberse oido llamar *hijo* nunca, y vivir sin que nadie le ame, y morir sin que nadie le llore. El ciego afan con que busca á los autores de sus dias, el sublime perdon que tiene para su grave falta, la gratitud con que recibe su tardio arrepentimiento, es el grito de la naturaleza, lleva el sello de una necesidad, de una ley eterna, y es la condenacion de los que, por ignorancia ciega ó por criminal cálculo, declaman contra la familia: ciertamente se halla bien enferma la sociedad en que semejante declamacion inspira más que una sonrisa desdeñosa.

Como el mejor medio de apreciar una cosa es sentir su falta,

si fueras inclusero, conforme dejo dicho, no comprenderias si quiera cómo una desdicha escepcional, y de las mayores que puede tener el hombre, quiere hacerse estensiva á todos, y se presenta como un gran proyecto para la humanidad. Tú, que has tenido padres, es posible que no comprendas el desconuelo y la desgracia que es no tenerlos, y te parezca ventajoso eximirte de cuidar á tus hijos. Digo posible, porque hay momentos en que es posible todo, aunque no es probable que los delirios de los hombres te hagan desconocer la fuerza de las cosas.

No voy á hablarte hoy de la familia haciendo consideraciones de un órden elevado, que tal vez recibirías con prevencion desfavorable; nuestro punto de vista será el de la *alimentacion, albergue y defensa* en este mundo de *hambre, intemperie y lucha*, y nuestros argumentos de los que están en uso y son del gusto de los que se dicen tus amigos, y no deben serlo, puesto que no lo son en verdad.

Aunque se conceda que el hombre es una especie de mono que hace versos, túneles, templos, construcciones y observatorios astronómicos, cosa que, segun algunos, está perfectamente averiguada; aunque se prescindia de toda elevada consideracion y de todo alto fin, no viendo en la familia cuestion alguna que no sea fisiológica, con nociones muy ligeras de historia natural comprenderemos que el hombre es un animal, cuya especie se extingue si nó forma familia, como, por ejemplo, acontece á las aves. Pero mucho más que en ellas se prolonga en el hombre la infancia; y su hembra, más débil relativamente á él que las de los pájaros, necesita su apoyo, su auxilio y su defensa para salvar la prole y perpetuar la raza: parémonos un momento á considerar lo que puede sér la especie humana sin familia, en el estado salvaje.

El hombre se une á la mujer momentáneamente en virtud de un instinto, y despues la abandona.

La mujer es madre, y, ó abandona el fruto de su union pasajera, en cuyo caso muere al momento, porque ya comprendereis que en las selvas primitivas no hay inclusas, ó quiere conservar á su hijo.

En el segundo caso, se encuentra en la situacion siguiente. Tiene que mantener al hijo ó hijos con su trabajo; el trabajo de

aquel estado social es *lucha*. Lucha para perseguir y matar á los animales que le sirven de alimento; lucha para defender la cueva que le sirve de guarida, codiciado albergue sin el cual la prole desnuda y débil sucumbe al rigor de la intemperie; lucha para defenderse de las fieras; lucha para defenderse de los hombres, faltos por regla general de alimento, que es siempre *presa*.

¿Te parece posible que la débil hembra del hombre pueda combatir tantos enemigos, triunfar de tantos obstáculos y salvar á sus pequeñuelos, cuya larga infancia necesita por tanto tiempo auxilio eficaz y poderosa defensa? Es evidente que no. El hombre primitivo es un animal de combate, luchador por necesidad, y cuya vida supone necesariamente una serie de triunfos. Aunque la mujer pudiera alcanzarlos, aunque no fuera más débil, el hecho de ser una, de ser sola, la imposibilitaria para atender á la alimentacion y defensa de los hijos, que necesitan de todo el auxilio del padre y de la madre; el de entrambos es insuficiente muchas veces, como lo prueba la dificultad con que se propaga la especie en los pueblos salvajes.

Se habia creído hallar alguno en que la familia no existia; así lo afirmaban viajeros mal informados; pero de más detenida y exacta observacion resulta que no hay hombres sino donde hay familia, más ó ménos perfecta, con estas ó aquellas condiciones, pero familia al fin. Y cuenta con que donde se supuso que no existia era en una region favorecida por la naturaleza de tal modo, que en su clima suavísimo crecen espontáneamente frutos con que puede vivir el hombre, que no tiene que luchar con animales feroces, allí desconocidos: aun con tan escepcionales ventajas, y en esas especies de paraísos terrenales, la familia es una condicion de existencia para la especie humana. Si esto sucede donde el aire es templado, la alimentacion facil, el albergue seguro, la lucha con animales feroces innecesaria, ¿qué acontecerá en el rigor del clima y la aspereza de la tierra en que han vivido nuestros ascendientes luchando con las fieras, de cuyo gran número tenemos pruebas irrecusables?

Aquí debemos notar, Juan, una circunstancia que no puede pasar desapercibida. Hablamos del hombre considerándole como un animal, prescindiendo de todo lo que puede hacerle bueno y grande, atentos solo á que no sucumba. ¿Y qué hallamos? Que

necesita vivir en familia, imponerse grandes penalidades por largo tiempo para que su prole no sucumba, ó, lo que es lo mismo, amar y sacrificarse; es decir, que la abnegacion y el amor son necesarios en toda circunstancia, en cualquier estado, y que la elevacion que supone es la indispensable compañera del hombre, aun reducido á la mayor indignidad, y considerado únicamente como un animal que perpetúa su raza. Si la especie humana existe, es porque ha habido en ella familia, amor, espíritu de sacrificio.

Cuando vas por un campo y ves señales de cultivo, dices: «Aquí hay hombres.» Cuando halles hombres, puedes decir: «Aquí hubo seres que no fueron egoistas, que amaron, que aceptaron deberes penosos.» El hombre necesita cierta cantidad de moralidad como de aire para no sucumbir.

Como hemos visto, es de imposibilidad fisiológica, material, que el hombre primitivo se perpetúe sin familia; por ella vivimos, porque por ella han vivido los antepasados á quienes debemos la existencia. Y nuestros descendientes, ¿podrán eximirse de la ley de sus progenitores? Los pueblos civilizados, ¿ofrecen tales condiciones que la infancia no necesite del amor, del cuidado y de la proteccion de los padres? Investiguémoslo brevemente.

Pueden hacerse dos suposiciones.

1.^a Se conserva la familia incompleta; la madre cuida de los hijos.

2.^a Se rompen enteramente los lazos da familia; la madre, lo mismo que el padre, abandonan la prole, de que se hace cargo el Estado; la crianza de los hijos es un servicio público como el de correos ó de faros.

En la primera suposicion, de que la madre se quede con los hijos, recuerda, Juan, que por desgracia habrás visto de esto muchos ejemplos; recuerda lo que sucede cuando una mujer queda viuda con hijos pequeños: el de pecho la incapacita para trabajos seguidos, y los otros, con los precisos cuidados que su debilidad é imprevision reclaman, concluyen de absorber su tiempo, no quedándole el que necesitaria para ganar el sustento, ni aun para ella sola; si la caridad pública ó la privada no auxilian eficazmente á esta familia, sucumbe sin remedio. Podrá haber algun caso, cuando la viuda sea una mujer de alguna habilidad

rara ó disposicion especial, de esas que con justicia ó sin ella se pagan mucho, en que pueda la madresola sostener á sus hijos; pero la regla es que, muerto el padre, necesitan auxilio ageno, porque los esfuerzos de la madre son impotentes para salvarlos; en un pueblo civilizado como en una horda de salvajes, la madre sola no puede alimentar la prole y salvarla de la destruccion.

Examinemos el segundo caso, aquel en que el Estado tiene que encargarse de todo recién nacido, y la nacion convertirse en una inmensa casa de expósitos. Aquí salen, brotan en tropel cuestiones graves de órden muy diverso: prescindamos de todas para no atender más que á la fisiológica; el niño necesita alimentarse. ¿Quién le dará de mamar? Procuremos formarnos una idea de lo que será la sociedad sin familia, bajo el punto de vista de la lactancia de los niños. Millones de ellos esperan una mujer que los lacta para no morir. ¿Dónde se hallarán tantas? Las mujeres no tienen padre, madre ni hermanos; las jóvenes que no há mucho han sido madres y pueden ser nodrizas, se hallarán en una de estas cuatro situaciones:

Unidas á un hombre, por más ó menos tiempo, y en su compañía.

Separadas del padre de su hijo, y con deseo y esperanza de unirse á otro hombre.

Solas y con bienes de fortuna, ó con medios y voluntad de ganarse el sustento.

Solas y en la miseria, por cualquier motivo que fuere.

De estas cuatro categorías de mujeres jóvenes y en situacion de lactar, ¿cuáles querrán hacerlo por un salario, que será necesariamente reducido? Hay que eliminar las tres primeras, porque ni la mujer que vive con un hombre que la mantiene, ni la que espera hallarle, ni la que cuenta con medios para vivir, han de ir á encerrarse en una Inclusa, ó llevarse á casa un recién nacido, cuya presencia es un obstáculo, cuyos cuidados son una traba, y cuya lactancia, además de quitar libertad, quita atractivos á la mujer que depende de ellos, porque suprimida la familia, la ley del amor será el gusto, y la belleza física recibirá únicamente homenajes, culto y ofrendas. Para nodrizas de los millones de niños que las necesitan, no quedan más que las mujeres á quienes la última miseria obliga á ir á encerrarse entre las paredes de una

Inclusa. Estas mujeres, en corto número proporcionalmente para las que se necesitan, serán de mucha edad, de poca salud, ó de una fealdad repugnante, porque sin alguna de estas circunstancias, y bajo el imperio del amor libre, en él hallarán más atractivos y vida ménos penosa que en una casa de expósitos. Esto no es una suposición, sino una consecuencia lógica, indefectible, y para convencerse de la cual basta observar qué clase de mujeres van á lactar á los tornos de las Inclusas.

Se dirá tal vez: la mayor parte de los expósitos se lactan fuera de la casa. Eso sucede ahora, porque los recogen mujeres casadas y con familia, donde el inclusero deja alguna utilidad sin producir perturbación; la nodriza está unida á su marido, tiene padres, hermanos ó hijos que la auxilién en el cuidado del niño; éste no es una traba enojosa para la que está sujeta y enlazada al hogar doméstico por sus deberes y por sus afectos, ni sirve de obstáculo para buscar las aventuras del amor libre: el inclusero va ahora á ser uno más en la familia pobre y honrada. Cuando no hubiera familia, ¿á dónde, cómo, ni á qué iría al incierto albergue de la aventurera aislada? Por regla general, con muy pocas excepciones, los niños (millones de niños, no se olvide) quedarían en los tornos de las Inclusas. ¿En qué proporción estarían las amas que acudiesen á lactarlos? Imposible es hacer cálculo ni aun aproximado; pero teniendo en cuenta lo que pasa actualmente, en que es tan reducido el número de los expósitos que no van al campo, y que hay épocas y países que con mucha dificultad se tiene una nodriza para cada tres niños, no sería exagerado suponer que hubiera una para cada diez. Estoy en la persuasión de que ni aun esto se conseguiría: pero concedamos una cosa imposible, dadas las circunstancias que vamos presuponiendo: imaginemos que habría una nodriza para cada cinco niños; su muerte por inanición no sería ménos cierta.

Los expósitos mueren ahora en una proporción tal, que si á ellos solos estuviese confiada la conservación de la especie, se extinguiría. Si tal acontece al presente, ¿qué se podría esperar cuando la lactancia se hiciese en peores condiciones, y fuera, no ya una cosa difícil, sino un problema imposible de resolver, como sucedería siendo expósitos todos los niños que nacen?

Pero no había de ser muy difícil procurar alimentación á los

recien nacidos. ¿Por qué? Porque no nacerian. Sin familia, con la general y estrema licencia de costumbres, el número de nacimientos sería muy escaso, y la tierra se despoblaría, porque el vicio ya se sabe que no es fecundo. La depravacion es estéril física y moralmente, y si engendra alguna cosa, son séres enfermos y monstruosos, que no se reproducen.

Rotos los lazos de la familia, y el freno de la religion y de la moral, la corrupcion alcanzaria proporciones nunca vistas, y la despoblacion en igual medida. El hombre salvaje, aunque no sea casto, es continente: el ejercicio continuo y violento, la alimentacion escasa é incierta, la lucha incesante contra la intemperie, y las mil clases de enemigos que le asaltan; la falta de atractivos de la mujer, cuya belleza física necesita condiciones imposibles en aquel estado, cuya belleza moral no puede existir en la abyeccion y embrutecimiento en que vive, todas estas circunstancias hacen que en los pueblos primitivos la falta de moralidad no produzca el desenfreno de costumbres que en los pueblos civilizados. La historia de éstos prueba la verdad de lo que voy diciendo, y á poco que la ojearas verias cómo el progreso de la industria y de las artes, si hay retroceso en la moral, es un cáncer en la vida de las naciones, que las arruina, las despuebla, las mata.

Bien pudiéramos aquí dar el punto por suficientemente discutido. ¿A qué insistir en los males que de la supresion de la familia vendrian á la humanidad, si nó era posible que hubiera humanidad, si era seguro que se extinguiria la especie humana? No obstante, en la próxima carta examinaremos brevemente lo que serian los hombres sin familia, suponiendo una cosa imposible, que hubiera hombres. Pero desde ahora, á los que nos pregunten lo que sería sin familia la sociedad, podemos responder resueltamente: *Primero, un lupanar; despues, un cementerio, y por fin un desierto.*

CONCEPCION ARENAL.



SECCION HISTÓRICA

PASEOS HISTÓRICO-ARTÍSTICO-LITERARIOS POR TOLEDO.

V.

Entremos ahora en la *Sacristía* por su puerta principal, sencillamente trabajada, pero de aspecto elegante.

Este magnífico salon lo forma una gran nave de cien piés de longitud, treinta y ocho de latitud, y unos cincuenta de elevacion, inclusa la curva de la bóveda. Su pavimento es de ricos mármoles finos de España, que presentan á la vista caprichosos dibujos mediante la diestra combinacion de sus cuadros con sus colores de blanco, encarnado y negro. De la misma piedra debian hallarse revestidas hoy sus paredes, como sucede, segun hemos visto, con la capilla de la Virgen del Sagrario y el Ochavo, si los desastres de la funesta guerra de la Independencia no hubieran frustrado los proyectos del Cardenal D. Luis de Borbon, que tenia aprobados ya los planos levantados para este objeto por el arquitecto de la catedral, D. Ignacio Haam.

La bóveda está pintada al fresco por Lucas Jordan, y sin duda alguna es de lo mejor, entre lo mucho bueno, que salió de manos de este artista. Forma el asunto de tan vastísima composicion la Descension de la Virgen para vestir la casulla á San Ildefonso, cuyos dos principales personajes se hallan en la cabecera de la bóveda, esparciéndose por el resto de ella infinidad de santos y grupos de ángeles. En el primer hueco de ventana fingida que hay á la derecha del altar mayor, se retrató Jordan á sí mismo con anteojos puestos, y en ademan de estarse asomando á contemplar su propia obra lleno de admiracion y entusiasmo.

El altar principal, que ocupa la fachada del Norte, pertenece al órden corintio, y se compone de exquisitos mármoles naciona-

les, fileteados de fino bronce dorado, habiéndolo costeadado á principios de este siglo el referido Cardenal Borbon, y dirigido el antedicho arquitecto Haam. Los ángeles de alabastro que sobre nubes de la misma materia sirven de coronacion ó remate á este grandioso altar, son obra del escultor de esta Santa Iglesia, Don Mariano Salvatierra. Lujoso marco de jaspe y bronce sirve de limites al hermoso cuadro de la *Expoliacion ó Despojo* de las vestiduras de Jesucristo, llevado á cabo por los sayones momentos ántes de consumarse el gran sacrificio que iba á reconciliar el cielo con la tierra. Figúrase en él, á la derecha del Salvador, un personaje armado, en cuyo semblante es comun tradicion que se retrató á sí propio el Greco, autor de este cuadro, que haría honor al Ticiano mismo; acabólo de pintar el año de 1587, y se le abonaron 119.000 maravedises de entónces, equivalentes á unos 6.600 reales de la moneda actual. Del citado Greco es el Apostolado que circunda las paredes de este hermoso salon, en el cual se ostentan además buenos lienzos, debidos á los pinceles de Orrente, Basano, Juan de Pantoja y otros. Por último, á la entrada de esta Sacristía, y á mano izquierda, levántase, en un hueco practicado en el muro, el sepulcro de alabastro que encierra las cenizas del Cardenal Infante de Borbon, obra trazada con bastante esmero por D. Valeriano Salvatierra, hijo del citado D. Mariano.

Una puerta, de dimensiones no muy crecidas, abierta en el muro de la derecha de este salon, y hácia su mitad, da acceso á la pieza llamada el *Vestuario*; y otra, contigua á ésta de la parte de allá, facilita la entrada á la conocida con el nombre de *Cuarto de la Custodia*, la cual se comunica con el *Vestuario*, y éste con el patio de la *Casa del Tesorero*.

Es el *Vestuario* una pieza cuadrada, embaldosada de preciosos mármoles, y cuya bóveda la pintaron al fresco los íntimos amigos y reputados artistas Claudio Coello y José Donoso el año de 1671, debiendo esta dependencia su nombre al uso á que está destinada, y es al de *vestirse* en ella los prebendados para la celebracion de las misas cantadas, procesiones mayores é incensacion del altar á la hora de vísperas.

Pocos, pero notabilísimos, son en su mayor parte los cuadros que están pendientes de los muros de esta oficina, los cuales pueden constituir por sí solos un pequeño museo. Y, en efecto, dejando á un lado las preciosas flores pintadas en las lunas de los espejos que se enhiestan sobre la cajonería ó cómoda de maderas

finas, llaman con especialidad la atención del inteligente u bellissimo lienzo que representa el Bautismo de Cristo por San Juan, enviado desde Italia por Lucas Jordan ántes de venir él á España, del que dice Ponz que *es menester estar prevenido de esta especie para no creer á la primera vista que dicho cuadro es uno de los que Rafael de Urbino hizo en su mejor manera*; un Crucifijo, del Ticiano; un retrato de cuerpo entero y tamaño casi natural, que representa á Clemente VII, obra del célebre Van-Dyck; un Nacimiento del Salvador y una Circuncision, debidos respectivamente al pincel de Jacobo Basano y de su hijo Francisco, llamado comunmente *el Mozo*, para distinguirlo de su abuelo, que tenia igualmente el nombre del Seráfico Patriarca; una Samaritana hablando con Jesucristo á orillas del pozo de Jacob, cuyo elogio queda hecho con decir que es original de Pedro Pablo Rubens; y, en suma, otras varias producciones debidas á los valientes pinceles de Juan Bellino, maestro del Ticiano, Guido Rheni, Juan Francisco Barbieri, vulgarmente llamado *el Guercino*, etc.

Si como hemos emprendido estos *Paseos* en el año de gracia de 1874, los hubiéramos realizado cinco años atrás, tendríamos todavía ocasion, una vez obtenido el competente permiso por parte del dignidad Tesorero, de pasar á la pieza contigua llamada vulgarmente, como hemos notado ántes, *cuarto de la Custodia* (por encerrarse allí tan preciosa joya en union de otras muchas, y ser ella la principal) para experimentar el gozo de ver y admirar reunido en pocas varas de terreno cuanto pudo crear el arte y la naturaleza de más encantador en ricos metales, piedras preciosas, perlas, bordado, escultura, iluminacion, etc.; pero ¡ay! como quiera que hace aquel tiempo que manos sacrilegas arrebataron porcion no pequeña de aquellas preciadas alhajas, ni podemos ver éstas en atención á haber desaparecido, probablemente para siempre, ni las que aún quedan, por razon de haberlas mandado encerrar el Cabildo bajo tres llaves en la capilla llamada de los Canónigos (y es la que ocupa la planta baja de la torre), con orden terminante de no poderlas enseñar á nadie. Por esta razon tendrémos que resignarnos, con harto dolor, á saber de oidas algo de lo mucho bueno que aquí habia en este terreno, y de lo que aún existe, ya que la suerte impía no nos permite ser testigos presenciales, como lo fueron los que nos han precedido en su visita á este santo templo. Y al empezar por la *Corona imperial* de la Virgen del Sagrario, oigamos lo

que sobre el particular dice el Sr. D. José Ignacio Miró, en su *Estudio de las piedras preciosas*, pág. 135 y siguiente.

Dice así:

«Entre las litúrgicas, grandiosas, ricas y artísticas alhajas que se admiraban en la catedral de Toledo, resaltaba una *Corona imperial* de oro, que servía de adorno en las grandes festividades á la *Virgen del Sagrario*, venerada en aquel templo.

»Tan admirable joya remataba con una de las esmeraldas más notables que hemos visto, haciendo de globo á la cruz. Aquella preciosa piedra tenía la figura esférica, era de primer color, limpia y brillante; su labra unida, y tendría próximamente el diámetro de 40 milímetros. Aquel precioso y artístico trabajo del género de los de *Cellini*, fué confiado por el Cabildo al artífice toledano *Don Diego Alejo de Montoya*, en el año 1574, empleando doce años para su ejecución. Dicha corona tenía la altura de 27 centímetros, y el diámetro tomado por el centro era de 22.

»La montura, del gusto del Renacimiento, era de oro casi puro. Ingeniosos arabescos cincelados y esmaltados de distintos colores, ayudaban á realzar el esplendor de los *rubies* y esmeraldas, colocadas entre los graciosos dibujos del frontero; dos hileras de *perlas* redondas y orientales, contornaban los adornos de la diadema. El segundo cuerpo estaba compuesto de ángeles y querubines que con gracioso ademan sostenían los adornos laterales y del centro, salpicados con ricas esmeraldas, purpúreos *rubies* y preciosas perlas, ocultando el principio de las franjas cuajadas de pedrería, que terminaban detrás de varias figuras alegóricas agrupadas rodeando la *Fe*, que estaba colocada debajo del citado *globo de esmeraldas*, que formaba la cúspide. El conjunto era bellísimo, admirable y deslumbrador.

»Cinco años hace (1), casi al terminar el de 1865, en uno de mis viajes artísticos, llegué á Toledo y tuve el gusto de admirar tan preciosa alhaja. Encontré desde luego que aquella verdadera maravilla del arte no estaba custodiada como se merecía; sobre este punto llamé la atención del capellán que guardaba las alhajas de la gran *Basilica Toledana*, y para fijarle más y excitar su cuidado, le indiqué después de examinarla detenidamente, que su valor, según mi aprecio, ascendía á *sesenta mil duros*.

(1) El autor de estas líneas que copiamos, dió á luz su obra el año de 1871.

«Cuando quise copiarla para presentar en esta obra tan bello dibujo á mis lectores, supe con dolor que habia sido robada, entre otras preciosidades, despues de la incaucion hecha en 1869.»

Otra de las alhajas que sufrió bastante detrimento en el atentado susodicho, fué el *Manto* de la Virgen, obra que, con decir se cuentan en ella por miles las perlas y piedras preciosas de todo género, hasta el punto de quedar completamente escondido el tejido, notables algunas de éstas por su tamaño y diafanidad, como tambien por haber sido dádiva de personajes distinguidísimos, y de las cuales han desaparecido las mejores en el infausto suceso arriba indicado, se comprenderá fácilmente que es más para vista que para descrita.

Existía en este lugar, y aún quedan en él tristes vestigios de la voracidad y destreza de los ladrones, una imagen, de una tercia de alto, del *Niño Jesús*, vulgarmente llamada, sin poder darnos cuenta del origen de tan ridicula denominacion, *Juan de las Viñas*. Creyóse ántes que era de oro macizo; pero al ser mutilado para extraer de la estatua las muchas y ricas piedras de que estaba engastada, se vió que sólo lo cubria una hoja de aquel precioso metal. Fué donado á ese santo templo por el Cardenal Portocarrero.

Llama asimismo notablemente la atención, entre otras joyas de gran cuantía que afortunadamente han podido salvarse hasta ahora de la rapacidad insaciable de los enemigos de la Iglesia, la cruz arzobispal conocida por el nombre de *Guion de Mendoza*, á causa de haber pertenecido á este gran Cardenal, y donádola ántes de morir al Cabildo metropolitano en la forma siguiente, copiada de su última voluntad por escrito:

«Otrósi: porque la nuestra cruz que en señal de Primado habemos traido ante Nos por las provincias de Santiago, Sevilla, Granada, Zaragoza, Valencia, Tarragona, Narbona, y por las diócesis de las Iglesias que se dicen exentas de los metropolitanos susedichos, adonde Nos habemos estado, *es la primera cruz que se puso sobre la más alta torre de la Alhambra de la ciudad de Granada al tiempo que fué ganada é quitada de poder de los moros* enemigos de nuestra Santa Fé católica; adonde en la toma de las más principales ciudades de el dicho reyno de Granada, Nos fallamos con la dicha cruz, en servicio de Dios Nuestro Señor é del Rey é de la Reyna mis Señores, con nuestra gente y Es-

tado: *mandamos* que la dicha nuestra cruz, con su asta guarnida de plata, así como Nos la traemos, sea puesta en el Sagrario de la dicha nuestra Santa Iglesia en memoria de tan gran victoria, é por decor é honor de ella é de los Prelados de ella. E allí queremos que esté perpétuamente, é que no pueda ser sacada dende sino á las procesiones.»

Regaló á esta Catedral doña Mariana de Neoburg, esposa de Carlos II, cuatro globos ó esferas de plata, cuyo diámetro no bajará de media vara, colocados sobre peanas triangulares de ébano, guarnecido asimismo de aquel metal, los cuales representan á cada una de las cuatro partes del mundo entónces conocidas, y encima de las que asienta una figura de matrona, tambien de plata, adornada de bastante pedrería en cabeza, cintura y piés, y ostentando cada cual en sus manos objetos simbólicos de su respectiva region.

No sería asunto fácil dar aquí cuenta de la multitud de piezas más ó ménos pequeñas, y de mayor ó menor gusto y valor, que encierra esta Santa Iglesia, como son palanganas, jarrones, bandejas, cruces, rosarios, pectorales, anillos, vasos sagrados, etcétera, etc.; pero, en atencion á conservarse al lado de estos objetos, se nos permitirá nos detengamos un tanto en describir un M. S. en vitela, compuesto de tres volúmenes de grandes dimensiones, cubiertos de terciopelo carmesí y cerrados con broches de plata. Este códice, llamado comunmente la *Biblia*, por constar de algunos pasajes de la Sagrada Escritura (nó por ser una copia de aquella, como han asegurado varios historiadores toledanos, yendo aún más allá algunos al decir que está glosada tambien), se halla primorosamente escrito sobre finísima vitela, en letra, al parecer, del siglo XII, ostentando al lado de cada versículo una hermosísima miniatura pintada sobre oro, alusiva al pasaje á que sirve de ilustracion, y cuyo esplendor y colorido es tan vivo que parecen recién ejecutadas á pesar de los siglos que cuentan de existencia. Ocho de dichas miniaturas comprende cada cara ó página, siendo su diámetro algo mayor que el de una onza de oro, por donde podrá formarse el lector una idea, si nó exacta, al ménos, aproximada de la riqueza que encierran estos tres volúmenes bastante abultados, y del sorprendente aspecto que presentan á la vista por do quiera que se les abra. Dicese que la regaló San Luis de Francia, sin especificar la tradicion si fué el Rey ó el Obispo; pero parece lo más natural que fuese éste, por cuanto,

como dice muy atinadamente D. Antonio Ponz en su *Viaje de España*, (tomo I, carta 2.^a) ni se hallan en las manezuelas de los broches distintivo alguno de la dignidad real, y sí del episcopado, ni ménos se menciona esta dádiva entre las de que da cuenta aquel Santo rey al escribir su carta al Cabildo Primado de España desde Etampes, en Mayo de 1248, la cual carta, segun manifestamos en nuestro artículo anterior, figura entre las reliquias que posee esta Santa Iglesia.

Al retirarnos hoy de nuestra visita girada á la Catedral toledana, no tan gozosos, ni con mucho, como otros dias, con motivo de las dos expropiaciones considerabilísimas que, áun cuando efectuadas por diferente camino y enderezadas á distinto objeto, ha sufrido desde la última revolucion político-religiosa, á saber: la incautación hecha en pleno dia de su rica y selecta biblioteca, compuesta de muchos y muy preciosos códices y documentos, y la mencionada sustraccion de las alhajas, llevada á cabo durante las tinieblas de la noche, sacrilegio nuevamente realizado, aunque frustrado en sus results; despues de lanzar nosotros de lo íntimo del corazon una frase de execracion contra los autores y fautores de tamaños atentados (que los ladrones siempre tienen otros mayores que les guarden las espaldas), nos duele en el alma ver que, al cabo de cinco años que se cometió el primero de estos dos últimos robos, todavía esté por sustanciarse dicha causa, ora no hayan sido descubiertos los agentes del primero, ora fueran capturados cuasi en fragante los actores del segundo. Cierto que sería en nosotros una falta de justicia el atribuir dicha morosidad á impericia, indolencia, ni mucho ménos á mala fé por parte de los ministros que, dispensándola en los tribunales, actuaran en la presente circunstancia; la culpa de estos y otros males debe imputarse, en nuestro juicio, al procedimiento de la legislacion que rige en nuestro suelo, lo cual no sucede en Mauritania, pues, como dijo tan chistosa como acertadamente el criado de Maese Pedro al enseñar en la venta á D. Quijote y demás circunstantes las escenas del retablo, allí *salen á ejecutar la sentencia, áun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.*

¡Qué lástima que, entre tantas reliquias como áun conservamos de los árabes, no subsista en nuestro suelo semejante modo de administrar justicia en las ocasiones que á ello se prestaran! ¡Y qué triste suerte, por otra parte, esta que nos cabe á los españoles:

la de asistirnos por todo recurso en los males de mayor gravedad, entre otros derechos bastante decantados por cierto, el derecho de..... pataleol.....

Pero nó; tambieu queda al cristiano, porque éste no se lo pueden quitar todas las potestades de la tierra, legítima ó ilegítimamente constituidas, el de confiar en Dios, que, si bien consiente, no es para siempre, y con cuyos divinos auxilios nos prometemos continuar otro dia nuestros *Paseos histórico-artístico-literarios por Toledo*.

JOSÉ MARÍA SBARBI.

CRÓNICA Y VARIEDADES

EL ERROR DESCUBIERTO ES ERROR VENCIDO

La religion se engrandece en la adversidad, por que Dios la ha señalado con el sello de la virtud.

(Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*.)

Pocos dias hace que asistia el autor del presente artículo á una *misa nueva*. El celebrante era un jóven modelo de instruccion y de virtud, á quien contrariedades de todo género habian puesto muy á prueba en su decidida vocacion. Atravesando por tan espinoso camino, y venciendo todas las dificultades, habia llegado al término de sus fervorosos deseos. Y despues de recibir del venerable Prelado la mayor y más santa de las órdenes, que, cerrando para él las puertas del mundo, le abria las de la vida de abnegacion y heroismo, que dan paso al glorioso fin de la eternidad, cantaba su primera misa. En la serena frente del neófito, en su mirada tranquila, veíase algo extraordinario y desconocido hasta entonces; y era que el modesto jóven sentia la influencia de la mision sublime que comenzaba á ejercer.

Un sacerdote anciano, encanecido en el servicio parroquial, arrodíllase delante del jóven celebrante, de quien recibe la bendicion. Sublime contraste, que realzase más cuando desde la Cátedra del Espíritu Santo la voz esperimentada y tierna del viejo describe la

vida de incesante sacrificio que espera al jóven; sacrificio que en aquel acto comienza á realizarse cuando concluida la misa, y en el acto del ofertorio, el jóven, conmovido, llama á su madre y hermanos para que, al estampar en sus manos el primer beso de respeto, reciban los primeros tambien la despedida de los más tiernos afectos de la vida. ¡Qué tierna y conmovedora excena! La madre, sollozando, besa las manos del hijo, inclinando sobre ellas por un instante la frente bajo el peso de encontrados afectos de gloria y dolor. Empero repuesta, mira á su hijo y se la oye exclamar: «¡hijo de mi alma, bendito, bendito sea Dios!»

Aquella mujer, viuda hace algunos años de un pobre labriego, que no le dejó más medios de subsistencia que el cultivo de su corta labor para mantener á cinco hijos, habia pedido á Dios constantemente que la dejase llegar á presenciar el acto que es objeto de estos renglones.

Cerca de allí, en voz baja, sostenian dos personas un diálogo animado. Eran los interlocutores un labriego, de claras luces naturales, pero sencillo como la generalidad de las gentes de su condicion, y el otro hombre de ilustracion no comun. Pronto comprendimos de lo que se trataba.

Al salir de la iglesia Luis y Juan, se acercaron al que esto escribo, y en presencia de la inocente multitud que nos rodeaba:

—Tenia deseos de salir, dijo Luis, porque este hombre irrespetuoso me ha hecho perder la paciencia, no sólo por su continua murmuracion, sino más que todo por sus irreligiosos alardes. ¿Porqué, si Vd. no cree en la religion, ha venido á presenciar este acto religioso? Y sobre todo, ¿por qué, ya que ha venido Vd., no respeta la libertad y las creencias de los demás?

—No ataco la libertad de nadie, contestó Juan. He concurrido sencillamente al acto público á que veia concurrir á otros, y en ese acto público he manifestado mis sentimientos sin ruido y sin alarde.

—Pero turbando la meditacion y el fervor de los creyentes.....

—Eso consiste en que no puedo sufrir el extravío á que se conduce al inocente jóven, de quien desde hoy se pretende que éntre en la turba de farsantes hipócritas. Es que no puedo ménos de combatir esas prácticas, con las que, bajo el aparato misterioso de un ceremonial tan solemne como absurdo, se quieren sostener antiguos errores, que es preciso desarraigar del pueblo.

La sonrisa de la indignacion y del desprecio quiso asomar á mis lábios; pero la atencion del público que nos rodeaba la contuvo, y me obligó á exclamar:

—¿Y quiénes son, en concepto de Vd., los farsantes? ¿Cuál el ceremonial absurdo? ¿cuáles los errores que se propone desarraigar?

—Bien sencillo. A pregunta clara, contestacion concreta. La turba de farsantes hipócritas la forman los curas. El ceremonial absurdo, todas las prácticas de Vds. los católicos. Los errores que es necesario desarraigar del pueblo, esas creencias que se oponen al desarrollo de la libertad ilimitada á que el siglo aspira.

—Por lo menos tiene Vd. el mérito de abordar con franqueza la cuestion, y yo tambien voy derecho á destruir el fin que Vd. se propone.

Prescindo de si, en oposicion á todo lo que ataca, tiene Vd. alguna creencia que sustituya, siquiera sea para Vd. solo, á lo que tan audazmente pretende destruir. Supongo que en Vd. y en los de su modo de pensar no hay más que ciego ateísmo, llevado hasta el extremo de lo incomprensible. Pero nunca con ménos razon que hoy, Vd. y los que como Vd. piensan, pueden acusar de hipócrita al clero católico, que, despues de empobrecido, cuenta cuatro años sin recibir la miserable paga que se le daba, y con sublime abnegacion, con heroísmo ejemplar y constante sufre todos los insultos, todas las vejaciones con que en esta injusta é inmensa tribulacion se le persigue; y, lejos de abandonar su puesto y su gran mision, la cumple sereno, silencioso y firme. ¿Cuántos ejemplos dá la sociedad civil de abnegacion semejante? ¿Cuál es la clase, cuál el individuo que en el órden civil hacen otro tanto?

—Ninguno conozeo, es verdad.

—Muy bien. Esta confesion es preciosa.

Ya lo oyen Vds.; en lo material no hay conducta que iguale á la conducta del clero católico de España, y eso que esta conducta llega hasta el heroísmo del sufrimiento en la miseria.

—Veámoslo ahora en su mision sagrada y consoladora.

En estos tiempos en que la elocuencia tribunicia constituye el arte de hacer fortuna, ¿quién no medita acerca del contraste que esa elocuencia ofrece, comparada con la elocuencia del púlpito?

«El orador de tribuna, dice Cormenin (Timon), rompe los diques de las pasiones para que salgan los vientos y las tempestades..... y mientras que el entusiasmo ensalza al orador de la tribuna por haber tal vez provocado el incendio de las ciudades, el asesinato de mujeres, niños y ancianos.... el predicador se compara al más humilde de sus oyentes; á menos que á esto: al polvo del camino....., el predicador habla en el silencio..... dice á los desgraciados: ¡esperad!.... El orador cristiano, este pacífico apóstol, baja del púlpito

to y desaparece, dejando á sus oyentes por última exhortacion estas palabras. ¡Amaos mutuamente! ¡Haced bien al que os haga mal!»

Como vé Vd., Juan, este contraste no lo he puesto de mi cosecha. Para convencer á Vd. lo he copiado de uno de los escritores más liberales, Cormenin, que, bajo el pseudónimo de Timon, en su *Libro de los oradores*, rinde el tributo de su admiracion y respeto á los hechos y personas del más ardiente período revolucionario; pero que, arrastrado por la irresistible verdad y la justicia, consigna capítulo especial á esta materia, del que he extractado las palabras que quedan trascritas. ¿Dirá Vd. algo en contra de ellas?

—Nada tengo que decir en contra.

—Ahora bien: ¿quien es el orador sagrado, el predicador cristiano tan respetuosamente descrito por uno de los primeros escritores liberales? Es el anciano cuya voz desde el púlpito acaba de conmover nuestros corazones en ese templo; es el jóven cuya voz, trémula por la emocion y por un religioso temor, nos ha demostrado la inmensa majestad del acto.

¿De qué clase social han salido esos dos hombres? Del pueblo, de la clase que Vd. y otros políticos llaman la clase desheredada. Es decir, de esa clase cuyos hijos van todos los dias á tomar asiento en todos los puestos de la vida pública, elevándose por la virtud y por el talento, y dirigiendo desde ellos los destinos sociales. ¿Es esto verdad?

—Sí lo es, dijo Juan.

—¿Y cómo han llegado esos hijos del pueblo, y cómo llegan tantos otros á ser lo que son? ¿Por ventura el sacerdocio católico se adquiere en la sombra y el misterio, en que se desarrollan esas sociedades impías que le persiguen? Nó. Una de las infinitas producciones con que la literatura moderna ha dado al viento de la publicidad hasta los hechos más respetables de nuestra santa religion, describe el acto sublime de la ordenacion. Ya vé Vd., Juan, que no voy á buscar textos sagrados. A las profanaciones de Vds. los descreidos, opongo solo textos profanos.

Oiga Vd. el texto:

«Las campanas tocan á vuelo llamando á los fieles. El templo católico abre sus puertas á la multitud que se agolpa. El incienso arde, llenando de fragantes nubes de humo todos los ámbitos de la casa del Señor. El altar está adornado con sus ropas de fiesta. Mil cirios mezclan su centelleante luz á los purisimos rayos de sol que penetran por las ojivales ventanas. El órgano con su armoniosa voz parece ensanchar la iglesia, para que Dios pueda ser más glorificado

en ella. El Obispo, revestido de gran gala, se halla sentado junto al altar, en donde está preparado el óleo de los catecúmenos, un cáliz, agua y vino, una hostia, una jofaina con agua para lavarse las manos y tohallas para enjugárselas.»

»Cesan todos los cánticos, y en medio del más solemne silencio el padrino se adelanta, llamando en alta voz al catecúmeno. Este atraviesa cubierto con las vestiduras sacerdotales, excepto la casulla, que lleva recogida hasta que sea digno de usarla. Puesto delante del Obispo, el padrino pide que reciba el honor de ser elevado al sacerdocio.

—»¿Lo creéis digno? pregunta el Prelado.

—»Lo creo.

—»Entonces, Dios sea bendito. Y dirigiéndose al pueblo, en respetuoso recuerdo de la costumbre establecida por los Santos Padres, dice: «Cada uno tiene el derecho de decir su opinion.» Ninguna voz se alza: un murmullo de asentimiento recorre la iglesia, y el Prelado en alta voz, para ser oído de todo el pueblo, hace comprender al neófito la inmensa gravedad de los importantísimos deberes que contrae, y de que ha de responder ante el Supremo Juez, cuya tremenda majestad es inexorable.

»Al cruzar la estola dice el Prelado: «El yugo del Señor es dulce y ligero.» Al hacer la investidura: «¡Dios os conceda la caridad!» Hecha la consagración de las manos: «¡Que la paz de Dios sea con vos!» A todo contesta el catecúmeno: «¡Dios sea bendito!» Y más adelante promete obediencia, afirma perdonar á los que le ofendan, jura sacrificar sus pasiones.»

—Ahora bien, amigo Juan, ¿hay nada más público, más sencillo, más tierno y conmovedor?

—Es verdad, es verdad, contestó Juan.

—Pues esto son y así se han consagrado en el sacerdocio el joven cuya primera misa hemos oído, el viejo predicador, cuya dulce palabra ha arrancado lágrimas al pueblo que en parte nos escucha, el experimentado párroco que ha servido de guía al celebrante, y los ministros que tanta majestad han dado al primer acto del catecúmeno. Vd., Juan, no los conocía; Vd. no había penetrado en el fondo de esa vida de abnegación y heroísmo, que el clero católico lleva, ¿no es verdad?

—Verdad es, no he hecho ese profundo estudio, como creo que en la agitada vida de nuestros días no lo hacen muchos otros. Los acontecimientos se suceden con rapidez; el hombre envejece pronto, y no es posible estudiarlo todo.

— Esa no es excusa. La religion necesita fe, que Vds. no tienen; práctica constante, que Vds. no quieren. Y en Vds., bautizados como cristianos, hijos de cristianos, y educados con el gran código de nuestros deberes, con ese libro de pocas páginas pero de infinita é indestructible doctrina, que es nuestro catecismo, en Vds. no hay excusa posible. Pregunte Vd. á todos estos sencillos campesinos que nos oyen, y verá Vd. con qué precision explican la verdad. Y no han tenido más instruccion que el catecismo y la práctica no interrumpida de sus preceptos.

Pero continuemos. Desde su ingreso en el estado sacerdotal, la vida del ministro católico, á quien Vds. tan ligeramente llaman hipócrita, farsante, no es más que una serie, jamás interrumpida, de abnegacion para su persona, de consuelo, apoyo y auxilio para los demás.

Nace el hombre, y el sacerdote lo recibe en la pila bautismal, dándole el nombre con que ha de ser conocido en la tierra, nombre de un Santo que le sirva de tutelar durante su vida.

El párroco dirige los pasos de la inquieta niñez; contiene los arranques de la ardiente juventud, consuela las tribulaciones de la edad madura; ahuyenta las tristezas y sostiene la fuerza de la vacilante ancianidad. Y todo esto lo hace sin violencia, sin intimidacion, sin más auxilio que los dulces preceptos de ese código santo que contiene los principios más rudimentarios de nuestros deberes religiosos.

Ningun cristiano se acerca sin temor al tribunal de la penitencia. Ninguno sale de él sin alegría y sin consuelo. Y es porque el cristiano, al acercarse, ha removido hasta las cenizas de su conciencia, y se siente culpable; y porque el sacerdote jamás olvida, bajo la clemente misericordia del Dios á quien representa, el bien del penitente, y oye y reprende, pero consuela y anima.

Esto se repite todos los dias. Y esto lo repiten millones de hombres en toda la tierra, que, llenos de fuerza y de valor van, con el ánimo sereno á la conquista de una trinchera defendida por cien bocas de fuego, pero que como niños tiemblan al postrarse á los piés del confesor. ¿Quién les obliga? ¿Qué poder material les amenaza?

Y cuando el cristiano, cuando ese hombre que jamás temió, siente que su vida se extingue, al verse próximo á perder la luz del mundo en el campo, en medio del estruendo de la batalla, ó en su lecho tranquilo, rodeado de su contristada familia, quiere oír la voz del confesor como último consuelo y esperanza.

¿Hay algo de esto en la vida moral de Vds.? ¿Hay algo que se le

parezca en los actos públicos de las diferentes carreras del mundo? Rousseau y Voltaire, y todos los filósofos, cualquiera que sea su escuela, están conformes en admirar y reconocer el sacramento de la Penitencia como la obra clásica de la sabiduría. Ya vé Vd., Juan, que no salgo de textos profanos; ya ve Vd. que, para llevar á su ánimo el convencimiento, mis citas son todas de las que Vds. consideran como de la iglesia docente de sus extravíos.

Pero hay más en la vida práctica del sacerdote católico, que demuestra la ciega injusticia con que Vds. le persiguen.

Uno de los sacrificios del hombre que se consagra al sacerdocio, es el de renunciar á los tiernos afectos que arrastran á la juventud, que suavizan los dolores de la edad madura, que consuelan en la vejez. El sacerdote vive solo. Joven, se aleja voluntariamente de todo el tumulto de la vida y ahoga sus pasiones. ¡Qué incomprendible mérito tiene este esfuerzo! Vé morir á sus ancianos padres, vé alejarse á sus hermanos, que le dejan para formar familia aparte. ¡Llega á la vejez; y está solo! Y sin embargo, este hombre, privado de todas las afecciones que forman el encanto de la vida, que parece haberse olvidado de todos los sentimientos de dulzura, cuya soledad le hace aparecer grave y triste, es siempre cariñoso consejero de su pueblo, caritativo auxiliar de las necesidades de sus feligreses, pacificador incesante de todos los disturbios. En todo, para todo, siempre, de dia, como á las altas horas de la noche, el cura católico está siempre dispuesto á dejar su comodidad y á seguir al que le llama. Sin pan hoy en nuestra patria, porque los Gobiernos le niegan el miserable haber á que tiene derecho, sufre y calla, y muere si es necesario, pero no abandona su puesto. Sin aliciente de ganancia alguna, corre al lado del moribundo; y sea éste pobre ó rico, y sin temor al peligro de una enfermedad contagiosa, ni á la miseria que cubre los harapos del infeliz, abrázase con él, confunde su cabeza con la suya, lo cubre con su manto, lo estrecha junto á su seno, hasta poder percibir los desfallecidos ecos de aquella voz que se extingue; y pega sus labios al oído de aquel semi-cadáver para que en tan tristísimo instante oiga algo de los dulces consuelos con que la religion cristiana despide al hombre que deja el mundo. Y luego le descubre, y con el óleo santo le unge y purifica.

Y cuando todos, hasta la familia, hasta los hombres de ciencia se retiran, porque son ya inútiles sus cuidados, el sacerdote, sentado á la cabecera del agonizante, aún le habla de Dios. Entona, al espírar, la letanía de los Santos, elevando los ojos al cielo para acompañar aquella alma que sube al pie del trono del Eterno; y cuando

ya del hombre sólo quedan yertos despojos, el sacerdote, con fúnebre y respetuosa pompa, lo lleva á depositar en la tierra, y lo despi-
de con tiernos y consoladores cánticos.

Esto hace el sacerdote católico con el pobre como con el rico, en tiempos de salud como en tiempos de epidemia: expuesto siempre á las consecuencias de su ardiente caridad.

¿Y esto no les detiene á Vds?..

Esta vez un suspiro de Juan fué su única contestacion.

Quiero contar á Vds., continúe, un caso práctico de caridad, un rasgo sublime que se ha verificado muy cerca de nosotros.

En cierta casa de un pueblo próximo habia invadido la epidemia de la viruela. La autoridad habia tomado precauciones para evitar el contagio. Los parientes y los vecinos estaban completamente alejados. Aquella familia era muy pobre. Se componia de dos ancianos, padre y madre, y una jóven de diez y ocho años, su hija. Los dos viejos fueron los primeros invadidos, y la hija los cuidaba. En aquella casa no entraban más que el cura y el médico, éste residente en otro pueblo; aquel, que compartia su pobreza con los enfermos. Una mañana fué el cura á visitar á sus enfermos. Llamó, y un silencio sepulcral fué la respuesta. Penetró en la casa, y cerca de la puerta encontró el cadáver de la hija. Se acercó á la cama de los ancianos, y vió espirando al padre, mientras á la pobre madre, destrozada por el dolor y por la enfermedad, apénas se le entendia lo que decia en voz muy apagada.

El párroco se apresuró á dar la Extrema-Uncion al anciano. Cuando espiró lo sacó del lecho para retirarlo del lado de su pobre mujer; y sin temor al contagio, amortajó el cadáver.

Cubrió con unas ropas el de la jóven, y salió de la casa para que acudiesen algunas mujeres caritativas á levantar el cuerpo de la que habia muerto aun en la adolescencia.

Rasgos como este, que todos los dias está repitiendo el clero católico, solamente se verifican bajo la inspiracion de esa fé prodigiosa que lleva al misionero á abandonar su patria para empeñarse en remotas desconocidas regiones, en donde por término le esperan el martirio y la muerte.

Este es el clero católico, este el sacerdote que, acudiendo presuroso á participar de todos nuestros dolores, huye de nuestras alegrías; que, concluida su mision evangélica al bautizar un niño, nos despi-
de á la puerta de la iglesia; que al dar la bendicion nupcial solo acompaña á los desposados hasta su morada; pero que al ser llamado cerca del lecho del enfermo, nos acompaña constantemente

mientras considera necesaria su presencia. Para él nuestros dolores. Para nosotros solos la alegría y los placeres.

Ahora bien, Juan. ¿Se atreverá Vd. á sostener lo que ha dicho dentro de la iglesia á Luis, con manifiesto desprecio del acto solemne que hemos presenciado, y á todos nosotros en este sitio, pretendiendo rebajar ese acto y al clero católico, y desvirtuar su importancia en el ánimo tranquilo de los que nos escuchan? ¿Podrá Vd. desconocer que cuando tantos otros hablan, como Vd. en este día, lo hacen por lo ménos con sobrada ligereza, con harta injusticia, cuando nó con dañada intencion?...

Juan, que hacía rato se hallaba meditando, mirando al suelo, se retiró sin contestar y sin despedirse de nosotros. En su confusion se olvidó de cuanto le rodeaba.

Dirigiéndome entonces al público que nos habia escuchado, y que con el natural criterio, propio de los hombres del pueblo, comprendia la importancia de esta leccion:

—Ved ahí, señores, dije, lo que son los propagandistas de la *nueva idea*. Audaces, cuando se les deja, confundidos cuando hallan quien les contradiga; recordad este ejemplo.

—No lo olvidaremos, dijo Luis, porque las verdades que Vd. ha explicado nos son muy conocidas. Sencillos hombres del pueblo, no podemos oponer á los que hablan mejor que nosotros sino nuestra grande fé. Pero nuestra fé y estos ejemplos harán impotentes las malas doctrinas.

—Bien, bien, amigos míos; adios, y no olvidemos jamás que la verdadera religion es una cadena de oro que asegura nuestros destinos, uniendo el cielo con la tierra.

LORENZO AGUIRRE.

Cartas del P. Isla en 1767.—Uno de los Jesuitas expulsados de España en el siglo pasado, fué el P. José de Isla, tan conocido por su ciencia como por sus letras y piedad.

Desde el destierro escribió varias cartas á su familia, en las que se revelan sus trabajos y privaciones y su resignacion cristiana.

Hé aquí cómo explicaba á su cuñado el viaje desde las costas de España á Bolonia el venerable anciano:

«Desde España á Civita-Vecchia; desde Civita-Vecchia (puerto pontificio), con solo un día de detencion, á la rada de Orbitello, que pertenece al Rey de Nápoles; desde Orbitello (con el descanso de dos días) al puerto de San Fiorenzo, donde nos mantuvimos á bordo tres semanas, al puerto y presidio de Calvi, en la misma isla; desde Calvi (despues de quince meses de mansion), de repente al

puerto de Génova; desde el puerto de Génova (anclados en él por espacio de nueve días) al lazareto de la misma ciudad, donde nos alojamos al pié de 1.300 hombres; desde el lazareto (donde estuvimos encerrados dos semanas), á Sestri, de Levante (con el descanso de nueve días), unos por tierra y otros por mar, al Boloñés. Yo escogí, entre otros muchos, este segundo partido, que nos salió el ménos penoso y costoso; y desde Sestri pasé embarcado á Liorna, donde descansé tres días, y tomando la ruta con el destacamento que mandaba, por Pisa y por Florencia llegamos á Bolonia... En todós estos giros y regiros se han padecido los trabajos que se dejan considerar; pero, gracias al Señor, he tenido salud, he tenido fuerzas, he tenido constancia, y aun he tenido singularísimo consuelo. Sólo me ha faltado el dinero, porque el poco que me dieron de limosna al salir de España se acabó con los indispensables y extraordinarios gastos... En esta necesidad, que le falta poco para extrema, no tengo á quién volver los ojos, despues de Dios, sino á tu piedad, á tu cristiana caridad y á la nobleza de tu corazon, tantas veces experimentada.»

En otra carta explica su situacion, trasluciendo en el estilo la natural gracia de su ingenio y la valentía de su ánimo cristiano.

«Nunca más pobre, dice, y nunca más contento; nunca más falto de todo, y nunca ménos necesitado, porque nada me hace falta. Experimento, palpo, toco con las manos que Dios da la lana con el frio, que aumenta las fuerzas cuando añade el peso, y que es fidelísimo en sus pruebas: á ninguno carga más de lo que puede sufrir. Mi salud se conserva sana; mis fuerzas, casi ya septuagenarias, vigorosas; mi color cual nunca le he tenido; solamente las piernas dicen alguna vez que ya se cansan de andar, y las pobres tienen sobrada razon. Sesenta y nueve años de movimiento continuo son capaces de fatigar á un par de piernas de bronce...» «Las berzas de Bolonia (que es el plato principal de nuestra comida) me saben mejor que los capones de Pontevedra. Las camisas de cañamo, sábanas de lo mismo, bragas-celotías, zapatos, la mitad sandalia y la otra mitad chinelas, vestido lampiño y sin pelo de barba... con todo este equipaje me burlo de los terribles frios de Lombardía y de las copiosas nieves del Apenino... ¿Pues de qué me puedo quejar sino de haber tardado casi setenta años en aprender lo poco que necesita el hombre para vivir? San Ignacio nos manda á todos sus hijos «que amemos la pobreza como madre.» Ella nos cria á todos buenos, gordos y rollizos. Que sea con *broa*, que sea con *pan trísigo*, ¿qué importará para el caso?»

Habiéndose aumentado las angustias de su situacion por una grave enfermedad, recibió 2.000 rs., segun se ve por la siguiente carta:

«... Apenas puedo tenerme en pié, y tan flaco que sólo me conocen los que me ven á todas horas. En este estado, y al principio de él, me cogió tu última carta... Veinte días despues que la recibí, llegó el socorro de los 2.000 rs. que tu fineza y tu caridad me libró por mano de mi antiguo amigo el marqués de Zambrano, con la rebaja de 126 rs. menos 8 maravedís que corresponden á la negociacion del giro... Dios te lo pague, Dios te lo pague, Dios te lo pague! Esta limosna no pudo venir más á tiempo. Con ella satisfaré las deudas contraídas y acumuladas con los extraordinarios gastos de mi enfermedad, en la cual

ninguna cosa me sofocaba tanto como la memoria de ellas. Haréme un humilde vestido de verano, pues no tengo otro que el que de mis trapos viejos me acomodé para el invierno, y me proveeré de algunas camisas, ya que sólo me hallo con cuatro, muy remendadas; sobraránme despues como unos 200 rs., los cuales servirán para socorrer por algunos dias las grandes necesidades y mayores trabajos que nos esperan.

»Es el caso que para el mes de Mayo, por repetidas órdenes de la corte, debemos estar ya separados unos de otros, sin que podamos vivir en una posada más que dos ó tres. Nuevo golpe que hará perecer de desnudez y de miseria á los que no tenemos otro recurso que la escasa pension del Rey, la cual, con el desfalco del giro y del cambio (que siempre se nos ha cargado), solo alcanza para el simple cubierto y para que el hambre no nos mate. Lo demás que es necesario para sustentar la vida ha de salir de la corona. Esta, en mis años, y en mis ayes, solo me sirve de peso, puesto que no tengo fuerzas para estar en ayunas hasta las doce del día, ni mucho ménos para andar á pié una legua en invierno y en verano en busca de una Misa, circunstancia que regularmente acompaña á las pocas que se encargan á los pobres españoles que viven fuera de las ciudades.»

Despues escribia que se hallaba

«...precisado á vivir solo en el cuarto bajo de una casa, á merced de una criada (con nietos), sin haber entendido jamás qué cosa sea gobierno ni economía, y reducido á la escasa pension del Rey, ayudada alguna vez de tal cual socorro volante, me hallo siempre alcanzado, no obstante de tratarme en todo con la mayor estrechez; y si el Señor me regala alguna enfermedad, no tendré otro recurso, salvo algun extraordinario golpe de su Divina Providencia, que refugiarne en un hospital ó perecer de miseria... El diario mio (gasto), por lo que toca á la mesa, se reduce á unas yerbas, á una libra de vaca y á dos huevos para comida y cena, así miá como de una criada (que ya es abuela de dos nietos).

»Al fin Dios proveerá, exclamaba, y no se olvidará de mí el que cuida de albergar y mantener las hormigas.»

En efecto: Dios conmovió el corazon del senador Grasi, y de las nobles familias Todeschi y Tanary, que cuidaron del P. Isla en sus últimos años.

¡Cuántos otros tendrian igual suerte!

Y ¡cuán antiguo es en España que los españoles sean víctimas unos de otros y de las vicisitudes de sus gobiernos!

Sor Cecilia María de la Cruz.—En la importante revista de Sevilla, titulada *La Semana Católica*, cuya fundacion y desempeño tanto honra á su ilustrado director el Sr. D. Ventura Camacho y á sus distinguidos colaboradores, se ha publicado una interesante historia de la vida y muerte de Sor Cecilia María de la Cruz, monja carmelita, acaecida el 10 de Abril último. La esperta y castiza pluma del Sr. D. Cayetano Fernandez, su confesor, hace brillar con todo su realce las virtudes y el mérito de la humilde protagonista.

Recomendamos á nuestros abonados su lectura en los cuadernos de dicha revista, pertenecientes á las semanas de Abril y Mayo de este año: é insertamos á continuación un breve pasaje de su autorizado relato:

«Reservando para lugar oportuno otros escritos también en prosa, y, á no dudarlo, de más subida importancia espiritual y aún literaria, pongo, por toda cita poética, la siguiente composición en quintillas. Ella no bastaría ciertamente á acreditar el estro de profanos cantores, porque el Carmelo no puede ser el Parnaso; pero basta y sobra para demostrar que la humilde monja carmelita, con más cultivo literario y buenos maestros en la gaja ciencia, habría podido emular acaso las glorias de la monja Hrotsvitha (1), célebre en los fastos de la poesía. Y aún creo yo hallar cierto aire de familia, guardadas las debidas distancias, entre los versos de la hermana Cecilia y los de su madre Santa Teresa, quien, como todos sabemos, solía también mezclar graciosamente frases muy festivas y conceptos los más levantados.»

+

«Á MI DULCÍSIMO ESPOSO JESÚS.»

«Treinta y tres años cumplido
he, mi Dios: pero ¿qué he sido
hasta venir a esta edad,
sino ejemplo de maldad (2)
para ser aborrecido?

Muy perfecta quiero ser,
que á edad perfecta he llegado,
y no debo ya tener
más gloria que padecer
con Jesús Crucificado.

Mundo y carne con su maña
no han de sacar ya partido;
ni el demonio con su saña
ha de sembrar la zizania
en mi corazón herido.

Con fuerza he de resistir
la satánica fuerza;
y, tanto he de combatir,
que el tentador se ha de ir
con la mano en la cabeza.

En mis votos de Obediencia,
de Pobreza y Castidad,
no tengas, Señor, clemencia;
y ejecuta la sentencia
de «muerte ó fidelidad.»

Perdona, Jesús, perdona
mi ingratitude tanto cruel;
y extiende á mí tu corona
de espinas, pues que blasona
mi pecho de amante y fiel.

Amor, Jesús mío, amor;
amor es pido rendida,
sin querer otro favor

(1) Religiosa alemana, en el siglo x, en la abadía de Gandersheim: sus dramas latinos, compuestos en época tan difícil, pasan como prodigio más que como curiosidad literaria.

(2) Las almas justas alcanzan tanto en el conocimiento de la grandeza del Criador y de la miseria de la criatura, que, á las veces, ponea hablando de sí frases de que se escandaliza los mundanos, porque no las entienden.

que anegarme en el dolor
de tu Cruz, por mi sufrida.
Sin vos, Señor, nada haré;
que sin vos ¿qué puede un alma?
y con tu auxilio podré
de amor, esperanza y fé
lograr la celeste palma.
Madre mia del Carmelo,
á tu Hijo has de rogar
me otorgue el gran consuelo,
mientras no me lleva al cielo,
de haberlo siempre de amar.»

Julio 10,

Más sobre el vigésimo-octavo aniversario de la coronacion de Pio IX.—Cada día, y á medida que avanza en su ilustre y valerosa ancianidad, ofrece más interés cuanto se refiere á la noble figura del Pontífice Soberano, que hoy rige los destinos de la Iglesia. Por esta causa, y porque tiene lugar preferente en nuestra revista cuanto dice relacion á las vigorosas palpitations del catolicismo en España, nos complacemos en insertar en estas páginas el relato de todo aquello que demuestra que vive todavía poderoso y robusto el sentimiento religioso entre nosotros.

Hé aquí una prueba más de ello.

El día 5 de Junio último se reunieron en casa del Excmo. Sr. D. Santiago de Tejada varias personas piadosas, con el objeto de celebrar en su día el vigésimo-octavo aniversario de la coronacion de nuestro Santo Padre Pio IX, y acordaron:

1.º Que el día 21 de Junio se celebrase una solemne funcion religiosa en la Iglesia de San Isidro.

2.º Que se hiciese en la iglesia y en dicho día una colecta para atender á las necesidades de nuestro Padre Santo.

Y 3.º Que se elevase á Su Santidad con dicho motivo un mensaje renovando humildemente á Su Santidad los sentimientos de respeto, obediencia y amor filial siempre debidos al Soberano Pontífice.

Estos acuerdos se cumplieron exactamente. El día 21 se celebró la funcion religiosa del modo siguiente:

A las ocho de la mañana se celebró la misa de comunión general.

A las diez y media se cantó misa solemne de pontifical, que celebró el señor Obispo de Archis, con Su Divina Magestad de manifiesto todo el día; terminada la misa, se hizo la vela al Santísimo Sacramento hasta la hora de la reserva, comezándola los señores sacerdotes y despues todos los demás fieles.

Durante el ofertorio de la misa, y en las mesas de petitorio, se recogieron limosnas con destino á Su Santidad, y el señor Obispo auxiliar, concluida la misa, dió á todos los fieles la bendición papal.

A las seis y media de la tarde se cantó un solemne *Te Deum*, despues el *Santo Dios* y la reserva, terminando con la bendición al Santísimo Sacramento.

En el mismo día una comision se presentó á monseñor Bianchi, para dar gracias á Su Santidad por la bendición recibida y para hacerle presente que

los señores canónigo D. José Antonio Carulla y D. José Segalés pondrían, como encargados al efecto, en las augustas manos de Su Santidad el indicado mensaje.

Y, por último, el 29 de Junio, día de San Pedro, otra comisión entregó á monseñor Bianchi 17.171 rs. á que ascendió la colecta en la Iglesia de San Isidro, quedando así cumplidos los tres acuerdos formados en dicha reunión.

El mensaje dirigido á S. S., y en cuyas frases campea la pureza y magestad del habla castellana, lleva hártos indicios de pertenecer á la docta y castiza pluma de un escritor concienzudo, gloria de nuestras letras (1):

Dice así:

«MENSAJE Á SU SANTIDAD.

»Beatísimo Padre: Hoy 21 de Junio de 1874, es el aniversario de un día felicísimo, que Dios, en sus eternas bondades, otorgó al mundo veinte y ocho años ha; y faltáramos á nuestra obligacion y á nuestros más íntimos sentimientos no dirigiendo á Vuestra Santidad los plácemes más ardientes y las seguridades más absolutas de nuestro amor ilimitado, de nuestra fidelidad inquebrantable y de nuestra obediencia verdaderamente filial.

»Nacidos los que suscriben en la nacion española, tan amada y distinguida por Vuestra Beatitud; en la nacion que realizó las empresas más agigantadas, caminando en pos siempre de la Santa Cruz, y que tuvo la dicha de dar á la Iglesia de Jesucristo un mundo que aún le hace sentir dulzuras inefables; no habíamos de ser los últimos en congratularnos hoy con todos los fieles del universo patentizando así que arde todavía en nuestro pecho la inextinguible llama de la fe.

»Dios, que en oportuno tiempo suscita los hombres predestinados para sobrenaturales portentos, colocó el día 21 de Junio de 1846 sobre las sienes de Vuestra Santidad la divina corona papal y la humana de los Estados pontificios; y hoy es imposible referir en estas pocas líneas los bienes inmensos que desde entonces han reportado así la religion católica como la universalidad de los pueblos. Pero no podemos ménos de conmemorar vuestra insigne piedad, definiendo el dogma de la Concepcion inmaculada de María; vuestra constante fe sobrenatural, reuniendo una vez, y otra vez, y otra vez en tiempos difíciles y turbulentos, y en la metrópoli del catolicismo, á los ilustres sucesores de los apóstoles, convocando y presidiendo el primer Concilio Vaticano que proclamó una gran verdad, sostenida constantemente en España; vuestra veneracion á la virtud, inscribiendo en el número de los moradores del cielo á hombres humildísimos que confesaron la fe, ó en lejanas regiones derramaron su sangre en defensa de la verdad católica; vuestro ardoroso celo por conservar intacto el depósito de la doctrina, proscribiendo errores lamentables que han dividido y extraviado á muchos y muchos pueblos; y vuestra inquebrantable fortaleza, soportando persecuciones tan mediladas como malignas.

»El mundo, además, admira á nuestro excelso Padre espiritual, avanzando siempre por los caminos de la verdad y de la fe; sosteniendo con mano firmí-

(1) Para que no se nos tache de emplear alusiones veladas, diremos que nos referimos al Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra. Si es errónea nuestra sospecha, que nos perdone el autor verdadero de tan clásico y elegante escrito: y si no lo es, que nos perdone entonces la modestia de nuestro ilustre colaborador y amigo.

sima el timon que á todos nos dirige, y contestando con aquel inolvidable *Non possumus* á los que pretenden que el Vicario de Cristo sancione la injusticia y proclame la razon humana, independiente de la divina.

»A nosotros, Beatísimo Padre, no nos sorprenden tantos prodigios. Sabemos que Vuestra Santidad tiene la fuerza incontrastable que le presta Aquel á quien representa en todo el orbe como su vicario. Sabemos que por medios ignotos, y por caminos cuyo fin no se vislumbra, realiza portentosamente la Iglesia sus destinos inmortales. Sabemos que la fe vigorosa en la doctrina católica resuelve todos los problemas, triunfa de todos los errores, destruye todos los obstáculos y allana los caminos de la verdad religiosa y social. Y hasta la experiencia nos enseña que frecuentemente los malos que se proponen un fin realizan el contrario.

»Nos consuela, Beatísimo Padre, entre tantas y tantas amarguras, ver que la Iglesia, regida por Vuestra Santidad, resplandece hoy en medio de las oscuridades de la falsa ciencia con luz más refulgente que nunca.

»Nos consuela ver que varias naciones católicas reconocen sus pasados extravíos, oyendo la palabra de Vuestra Beatitud, y que aparece como un hecho incontrovertible la resurreccion moral de la cristiandad.

»Nos alienta la esperanza que Vuestra Beatitud aún ha de conocer días de justicia y de paz, en que de nuevo se aclame la legitimidad del derecho hoy violado, y se acate la independecia que tanto necesita el jefe de la iglesia católica; penetrándose los pueblos de que la política profundamente cristiana es la fecunda, la salvadora y verdadera política.

»Con tales deseos, pedimos á Dios, desde lo más íntimo de nuestro corazon, que conserve aún largos años la preciosa vida de Vuestra Beatitud para contemplar el término feliz de su grandiosa obra, y el día anhelado por 200 millones de católicos del triunfo de la iglesia.

»Sea nuestra última palabra pedir á Vuestra Santidad que se digne concedernos su bendicion apostólica, y á nuestras familias y á todos los españoles. De rodillas, Señor, la impetramos por los inmensos bienes, que por ella alcanzan cuantos la solicitan con fe, la obtienen con indecible gozo y la recuerdan con gratitud como humildes hijos de la Iglesia.

»Madrid 21 de Junio de 1874.»

Frutos de La Hoja Popular.—Creemos deber publicar la siguiente carta, para que el consolador ejemplo que encierra sirva de estímulo en la obra necesaria de propagar sin tregua ni desfallecimiento la buena doctrina por todas partes.

«CARBONERA DE FRENTES. (Soria) 3 de Julio de 1874.

»Sr. D. Carlos María Perier.

»Muy señor mio y amigo de toda mi consideracion: voy á decir á Vd. uno de los resultados prácticos de la buena lectura que contiene nuestra *Hoja Popular*, seguro del placer que há de causarle á V. saberlo.

»Un jóven, en quien sus padres no podían vencer la desaplicacion, la pereza y la fuerte y tenaz resistencia que oponia á todo trabajo, hacia tiempo que vivia al lado de un respetable sacerdote, cura párroco de una aldea, tío suyo, que habia formado el propósito de vencer aquellos deplorables instintos. Represiones, escitaciones, ejemplos, todo cuanto el cariñoso tío habia puesto en juego era completamente inutil. El jóven parecia ya invencible; y el sacerdote, pérdida toda esperanza, habia dicho á los padres, lleno de pena, lo infructuoso de sus esfuerzos.

»El artículo *El Tesoro* publicado en el número 21 de la *Hoja Popular*, dió motivo á justas alabanzas, en presencia del jóven, en conversacion habida entre su tío y otros sacerdotes, y á que un niño diera tambien su parecer, entusiasmado y con la inocente sencillez natural en su corta edad.

»La curiosidad primero, y la emulacion despues, hizo al jóven leer *El Tesoro* repetidas veces; su tío lo observó con esperanza; y puede Vd. juzgar del inmenso placer, con que al fin le oiria confesar sus pasados errores, y decir que queria enmendarlos trabajando. Hoy está al lado de su padre, laborioso obrero cuyo oficio aprende con afan, diciendo de memoria el artículo que ha abierto para él *los tesoros* de felicidad que antes despreciaba.

»Soy de Vd. afectísimo amigo Q. S. M. B.

LORENZO AGUIRRE.

Horrible atentado en Almaden.—Se ha cometido en las minas de Almaden un crimen horroroso, que prueba á donde camina el mundo, si prosigue por los senderos de la concupiscencia y de la codicia.

A las diez y media de la mañana del día 5 de este mes, estando verificándose una subasta ante unos 150 operarios destajistas, éstos manifestaron tumultuariamente que no les satisfacía el tipo fijado en el pliego de condiciones, y comenzaron á pedir que se asomara el ingeniero primero del establecimiento Sr. Buceta. Dicho señor se asomó y recibió una fuerte pedrada en la cabeza. Sin embargo, bajó con el propósito de calmarlos; pero en el momento de acercarse, unos cuantos hombres se lanzaron sobre él y le acribillaron á puñaladas en el vientre y en el pecho.

Al tener conocimiento del motín el ingeniero inspector Sr. Monasterio, que se hallaba en Huibrones, se acercó al lugar del suceso, creyendo que no tenia nada que temer de aquellos desalmados, á quienes ningun mal habia causado, sino al contrario, y le recibieron á tiros, hiriéndole cuatro ó cinco proyectiles mortalmente.

No contentos con esto, le maltrataron y estrangularon, ya derribado en tierra, no durando su existencia más que los momentos suficientes para ser recogido por algunos hombres y conducido á una casa próxima, donde recibió los auxilios espirituales. El gobernador civil interino de la provincia salió con alguna fuerza de infanteria para aquel punto, y el juzgado correspondiente instruye el sumario.

La muerte injusta y violenta de dos hombres de ciencia, inofensivos y de gran valer, á manos de los favorecidos que vivian de los frutos de la industria importante dirigida por aquellos, es un hecho inicuo y odioso, que trae á la memoria otro análogo ocurrido en Cataluña algunos años hace: la muerte violenta del ilustrado escritor Sr. Sol y Padris, tambien á manos de los trabajadores mismos de la fábrica que fomentaba y dirigia.

Tales hechos, que al corazon y la conciencia repugnan, suponen siempre depravacion notoria del sentido moral, como fruto de la malévola y constante sugestion de los más astutos sobre los más ligeros é imprevisores. Descubrir, castigar, reprimir con mano fuerte á los primeros, será siempre obra de justicia, sin la cual en vano se esperará que se moralice y ordene la vida de los trabajadores, en quienes han puesto los ojos los trastornadores políticos, como palanca poderosa de connociones y ariete de destruccion incesante.